

SEMANARIO PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1855.

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION,
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

—
MDCCCLV.

Ayuntamiento de Madrid

INDICE.

TABLA DE ARTÍCULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El Ex-monasterio de Nuestra Señora del Espino, página 2.—Parroquia de San Pablo en Zaragoza, 2.—Miranda de Ebro, 18.—Monumento de Sagunto, 63.—Estatua del difunto obispo de Cádiz, por don Leoncio Baglietto, 116.—Alicante artística y monumental. San Nicolás, 121.—El atrio de la catedral de Córdoba, (vulgo el patio de los naranjos), 137.—Fachada principal de la catedral de La Seo de Zaragoza, (indendio del chapitel de su torre), 153.—Zaragoza artística y monumental. Rual Alcázar de la Aljafería ó alfajería, 169.—Castillo de Tiar en el campo de Salinas, después convento, y hoy casa ruinosa de la dehesa de Campoamor, 225.—Portada del N. en la parroquia de San Pablo de Zaragoza, 249.—Santuario de Nuestra Señora de Monlero en Luna, 257.—Establecimiento de aguas minerales sulfurosas, 265.—Bajo relieve de la sillería bajo en el coro de la catedral de Toledo, que representa la rendición de la villa de Selenil en el reino de Granada, 275.—Sillería baja del coro de la catedral de Toledo, bajo relieve que representa la entrega de Baza, 289.—Bajo relieve que representa el asalto y entrega de Ronda, 297.—Estatua de don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, 308.—La catedral de Mondoñedo, 321.—Casas consistoriales de Burgos, 321.—El ex-monasterio de la Espina, 329, 350.—El rey se divierte, 355.—Real monasterio de San Millán de la Cogolla ó Cogulla, 357.—La granja de Somonte, (vulgo la caseta de don Ventura), 353.—Alabona, 409.

BIOGRAFIAS.

Luis XI rey de Francia, página 82.—Relacion auténtica ó inédita de la muerte de María Estuarda, 105.—Metastasio, 145.—Don Diego de Anafá y Maldonado, 153.—Ariosto y Tasso, 379.—Cárlos XII, 395.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Teatro antiguo, páginas 25, 50, 58.—Utilidad del estudio de las letras, 81.—El Teatro antiguo, 201.—Literatura española, 249.—Poetas famosos.—Autor ó Autora, Ebn Xudad, el Abrita, 348.—Extracto de un ensayo inédito, sobre la sátira latina, 410.

VIAJES.

Carruajes rusos, 15.—El puerto de Bahía, 17.—Una hora en una ruina, (Recuerdo de la aldea de Montfaucon, 34.—Los kalmucos delante de su tienda, 41.—La cisterna de las mil y una columnas, 41.—La Sehlita, (carruaje rústico de la Suiza), 49.—La prision de Sócrates en Atenas, 69.—California. Una visita á la ciudad de San Francisco, 74.—El Istmo de Suez y el de Panamá, 122.—Sobre el Perú, 129.—Fenómenos de la naturaleza. El Etna, 131.—El Istmo de Suez, 161.—Los Birmanes, 170.—Las escavaciones mas recientes de Pompeya, 199.—El Bambú de China, 250.—Un día de campo en la Habana; (recuerdo de un viaje), 258.—Las rocas de Brinham, (Inglaterra), 315.—Canoa de Java huyendo de un tiburón, 345.—El día del año en China, 354.—El monumento de Pedro el Grande, 385.—Los baños minerales de Ems, 387.—El Marañón, 594.—La montaña magnética de Santo Domingo, 397.—El ejército de la China, 598.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Noticias relativas al marquesado de Denia, página 11.—El Carnaval, estudio comparativo de las costumbres de la época, 51.—Cronología árabe, 59.—Los templarios, 75.—Sobre el antiguo Consejo y Cámara de Castilla,

124.—El venerable padre Cristóbal de Santo Catalina, presbítero, 377.—El gran terremoto de Lisboa en el año de 1755, 315.—Una crónica del siglo X, 335.—Cronicon escrito por Sampiro, obispo de Astorga, por los años de 1000, 353 y 361.—La Seña, 365.—Del traje bajo el punto de vista de la historia, del gusto y de las artes, 365, 371.—El grupo fosil, episodio de la conquista del Perú, 365, 373.—Ensayos hechos por los pueblos antiguos y modernos, para componer un calendario exacto, 377.—Entrega del puerto Larache á los españoles en 1610, 381.

COSTUMBRES ESTRANJERAS.

Puri y la fiesta de Roth en 1849, 585.

NOVELAS Y CUENTOS.

Una apuesta (A Fernan-Caballero), páginas 4, 13, 21, 29, 37, 59, 45, 53, 60, 70, 77, 83, 94.—Lazarina, 6, 11.—La flor preciosa, (Traducción por Fernan-Caballero), 45.—Tribulaciones de un rememero (Cuento popular por Fernan-Caballero), 20.—Lo que es un hombre de ingenio, 28.—Santa Justa y Santa Rufina (Chascarrillo), 32.—El error de un ángel, 35.—Justa y Rufina. Relacion por Fernan-Caballero, 73, 85, 90, 102, 127, 153, 142.—El puente de la Abadía, 81.—La gruta del hombre muerto, 91.—Bautista Montauban (Cuento), 100, 107, 115.—La corte del Almirante, 103, 110, 118, 126, 152, 141, 149, 157, 164, 172, 183, 185.—Lágrimas del alma, 114.—Ulrico de Anduz, 166, 183, 187, 195, 206, 214.—Aventuras de un Loco coronado, 188, 197, 205, 220, 229, 256, 244, 254, 265, 271, 278, 285, 294, 501, 510, 518, 525, 534, 540, 547, 558, 574.—La noche de bodas, 190.—Pobre poeta! 191.—Guacana-jari, 202, 281, 298.—Lo que se ve desde una torre Cristiana, 212.—Antigüedades rancias mandadas á recoger, y que saca á luz Fernan-Caballero, 215.—La vuelta de Juan Perez, 219, 226, 253, 241.—No hay mal que por bien no venga, 255.—El fumador de Naquic, ó historia de un grano de trigo, 258, 245.—Los dos premios, 246, 250.—Los funerales de un vivo, cantados por un difunto, 252.—Los tres naranjos y algunas gotas de agua, 255.—El Barbo de Utebo (Cuento popular), 259.—Un nido vacío, 261.—Una excursion estudiantina, 267, 276, 285, 291.—Leda, 269, 275.—Azelia y los Willis. Balada, 275, 284.—Ultimo amor (fantasia), 280.—Astucia, 288.—Una punta de cigarro, 292.—Recuerdos de un viaje. Un baile, 307.—¡Vuelvo! Historia de unos amores, 322, 350.—Lelia. Balada, 341.—Un casamiento al vapor, 366.—Un paraíso contemporáneo, 569.—La corneta de llaves, 582.—El calderero de Puerta Cerrada, 415.—Ricardo Digby, leyenda americana por Nathaniel Hawthorne, 407, 412.—El ruiseñor del Harenx, 405.—Cadencia sostenida, 405.—La estrella de la mañana, 599, 401.—La corneta de llaves, 590.—La mano roja, por Nathaniel Hawthorne, 588, 593.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

La vida literaria, página 17.—De alto á bajo, 27.—Tipos españoles modernos, 74.—La calle, 42.—La bolsa y su rostro, ó tres millas al rededor del Banco de Londres, 45.—La comedia á la ventana. Dos maridos. Fantasia de una noche de verano, 68.—La paz del matrimonio (cuadro de costumbres), 227.—Los zapatos y el sombrero, 508.—Una velada en Triana, 405.—Las notabilidades, 404.

POESIAS.

El conde D. Julian, fábula, por D. Juan Eu-

genio Hartzenbusch, 8.—Junto á la cuna, (cancion de la madre) por D. Antonio Arnao, 8.—Las indirectas del Padre Cobos, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, 16.—El Par, balada, por D. V. Barrantes, 16.—A mi amada ausente, sonetos, por D. Fernando Garrido, 24.—¡Dichosa tú! (A B...) por D. Antonio Arnao, 52.—Romances, por D. José Gonzalez de Tejada, 32.—Romances, por D. José Gonzalez de Tejada, 40.—Duermes, hijo mio, por Don Eduardo Gasset, 40.—La invencion del círculo, fábula, por Juan Eugenio Hartzenbusch, 48.—Para el album de la señorita Doña Carmen Baeza y Priego, por D. R. F. M., 56.—Poesia, por D. Eduardo Gasset, 64.—La cautiva, leyenda granadina del siglo XIV, por Don Emilio Lafuente Alcántara, 72, 80, 87, 95, 104, 111.—El ciervo, fábula, por D. Pascual Fernandez Baeza, 120.—La Castellana, por D. Antonio Arnao, 128.—El milano y las Palomas, por D. Pascual Fernandez Baeza, 156.—Delicias del siglo de oro, romance, por Don José Gonzalez de Tejada, 156.—Madrid en Semana Santa, romance, por D. José Gonzalez de Tejada, 144.—El timon y el piloto, por don Pascual Fernandez Baeza, 144.—Calabazas á Petra, romance, por D. V. Martinez Muller, 152.—Los gorriones. El escarmiento. Fábulas por D. Cástor Aguilera, 152.—A Corina, en su dia, por M. C., 159.—A Tirsia, romances, por M. C., 159.—Club de madres Celestinas, por D. José Gonzalez de Tejada, 160.—Letri-llas, por D. V. Martinez Muller, 168.—El empleo y la vejez, tradaccion libre de Anacreonte, por M. C., 168.—Romance, por D. José Gonzalez de Tejada, 175.—El Tesoro, ó sea el Aldeano y la Fortuna, por D. Pascual Fernandez Baeza, 175.—El Tímulo, por M. C., 176.—A Ella, por D. Ramon Florentino Morata, —Himno al Sol, por D. Gabriel Garcia y Tassara, 392.—Celos.—Balada, por D. Juan A. Viedma, 400.—El ruiseñor, por D. José Selgas y Carrasco, 408.—Espanto en Méjico, por D. Antonio Hurtado, 414.—Jerusalem y Cristo, por D. Timoteo Alfaro, 192.—Picaro mundo, por Fray Gerundio, 200.—La cita á la madrugada, soneto, por D. Antonio Garcia Gutierrez, 200.—Quintilla, por D. M. B. de los Herreros, 200.—Epigrama, por Don Eulogio Florentino Sanz, 200.—Oriental, por D. José Zorrilla, 208.—A un chato, por D. Eduardo Asquerino, 208.—La verbena de San Antonio, por D. V. Martinez Muller, 216.—El alma de mi alma, serenata, por D. Juan de la Rosa, 224.—Para el album de la emperatriz de los franceses, serenata, por D. José de Selgas, 224.—Un golpe en vago, por D. A. Hurtado, 232.—La union de España y Portugal, oda, por D. Juan Antonio Viedma, 259.—El Estío, por D. José Selgas y Carrasco, 248.—La paz del alma, por D. Eduardo Gasset, 248.—La Semana matritense, por D. José Gonzalez de Tejada, 256.—En el jardin, por G., 264.—En el album de una desconocida, por D. Francisco del Villar, 264.—Romance fúnebre, por D. José Gonzalez de Tejada, 272.—Soneto, por D. Cástor Aguilera, 272.—El Anillo de la Virgen, leyenda histórica original (siglo XIV), 279, 287, 295, 305.—A Alemania. Al autor alemán Adering, conocido con el nombre de Jowe-Gonein, por Cárlos Rubio, 511.—Las Jamonas, canto festivo, por V. Martinez Muller, 511.—El cautivo, cancion árabe, por Julio de Eguilaz, 520.—Madrid mojado, por D. José Gonzalez de Tejada, 520.—Letrilla, por D. V. Martinez Muller, 528.—El juicio final, por Emilio Blanchet, 536, 545, 551.—Fábula, por Eduardo Gasset, 532.—La Doncella de Asmengol, por D. José S. de Viedma, 539.—Memorias del verano, por D. José Gon-

malez de Tejada, 367.—A unas flores marchitas, recuerdos de Elisa, romance por D. F. Javier Simonet, 376.—El Ministro, fábula traducida del alemán, por D. J. E. Hartzbusch, 376.—Las naves á pique, por D. A. Hurtado, 383.

VARIEDADES.

Gastrónomos célebres. Página, 5.—La calma campestre, 9.—El libro del paseante, 9, 33, 59.—Explicación de algunas frases de que usan y abusan hoy día los periódicos, 19.—La pesca de una cubeta, 33.—Las máscaras, 44.—En títulos de comedia, todo es farsa en este mundo, 54.—La carrera del asno, 57.—Apun-

tes históricos sobre los órganos, 63, 124, 151.—El mono en el aparador, 65.—Una visión de Carlos V, 67.—Ángeles del sueño, 73.—Melancolía, 83, 89.—Cuadro de naturaleza muerta, por Valsenburg, 89.—Máquina para coser, 94.—El amor como elemento del arte; considerado en la poesía lírico-irónica de los proverbios, 97, 108, 115, 122, 154, 158, 151, 162, 170, 179, 209, 315, 338, 345.—Recuerdo del carnaval. (Fantasía), 99.—Recuerdos orientales, 139.—Órganos mecánicos con cilindros. Relojes orgánicos y órganos expresivos, etc., 140, 146.—A ella, 148.—Es la civilización el origen de la inmoralidad de las sociedades modernas? 154.—Las ilusiones, 158.—El emperador Carlos V en el monasterio de Yuste. (Cuadro de

C. Bergmann), 161.—El amor. Diferentes maneras de considerarlo, 163.—El pueblo poeta, 195.—Mis creencias, 196.—La caja de Pandora, 208.—Orejas de Midas, 208.—La Sonata, el concierto, fantasías y caprichos, 217.—La luna de Enero, 218.—Reloj de sobremesa, en forma de Florero, 235.—Exposición universal de París. Aparador de Mr. Nahat, 303.—El Peregrino, 318. (Traducido libremente de Walter Scot).—Bellas artes, 327.—Exposición industrial de París. Jardinería por Mr. Tahan, 332.—Costumbres y creencias religiosas, 363.—El Padrino Numen, 363, 372.—Candencia sostenida, 378.—Fabricación de los chales de Cachemira, 381.—A los lectores del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, 415.

TABLA DE GRABADOS.

OBJETOS DE ARTE.

Cristóbal Colon delante de los Reyes Católicos á su vuelta de la conquista de América, página 1.—Sancho en la insula Barataria, 25.—La pesca en una cubeta. (Cuadro de lance en la galería de Vernon), 33.—(Estátua premiada en la exposición de Berlín), 43.—Reclinatorio de Anacardo hecho por el tallista J. S. Fritsch de Viena, 53.—La carrera del Asno, 57.—El mono en el aparador. (Pintura de lance), 63.—Cuadro de naturaleza muerta, por Valkenburg, 89.—La imagen de Jesucristo, 97.—(Estátua del obispo de Cádiz), 117.—La virgen de la bellajardinera. Cuadro en madera de Rafael, 143.—El emperador Carlos V en el monasterio de Yuste. (Cuadro de G. Bergmann), 161.—Estátua de don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, 508.—Estátua ecuestre de Pedro el Grande, 569.—Construcción moderna: casa del señor Isla Fernandez en la plazuela de San Martín, 595.—Sepulcro erigido en Madrid al conde de la Cortina, 401.

RETRATOS.

(Luis XI rey de Francia), 95.—(Mad. de Pompadour), 141.—(Mirabeau), 149.—Luísa de la Valiere, 191.—Federico II, 209.—(Napoleón, primer cónsul), 215.—Federico Schiller, 217.—El duque de Choiseul, 221.—(Hernando de Céspedes), 229.—(Mad. de Pompadour), 244.—Don Gutierrez de Cárdenas, duque de Maqueda y Comendador de Leon, 297.—Lamartine, 535.—El V. P. Cristóbal de Santa Catalina, 577.—Don Alfonso el Sabio, 583.

DIBUJOS DE VIAJES.

(La prision de Sócrates), 69.—(Vista de Monterey en la California), 123.—(Idolo chino), 216.—Kenennborg establecimiento para

la cura de afecciones nerviosas y la hipocondria, cerca de Esstingen en Alemania, 225.—Las rocas de Brinham. (Inglaterra), 315.

VISTAS.

Ex-monasterio de Nuestra Señora del Espino, Página 4.—(Retablo mayor en la iglesia parroquial de San Pablo en Zaragoza, 5.—El puerto de Bahía, 17.—(Miranda de Ebro), 21.—El puente de la Abadía, 81.—La santa capilla, 105.—El átrio de la catedral de Córdoba. (Vulgo el patio de los naranjos), 157.—Fachada principal de la catedral de La Seo de Zaragoza. (Incendio del chapitel de su torre), 153.—La Santa capilla, 169.—Vista del hospital de la Princesa en el estado en que se encuentra, 177.—Convento de San Ginés en el campo de Salinas, provincia de Alicante, 301.—Lápida con una inscripción del año 1441, en el castillo de Tiar, provincia de Alicante, 226.—Portada del N. en la parroquia de San Pablo de Zaragoza, 249.—Santuario de Nuestra Señora de Monhora en Luna, 257.—Baños de la Puda, 263.—Sillería de Toledo, 275.—Sillería baja de la catedral de Toledo. —Bajo relieve que representa la entrega de Ronda, 281.—Sillería baja de la catedral de Toledo. —Bajo relieve que representa la entrega de Baza, 289.—La catedral de Mondoñedo, 321.—Vista lateral del ex-monasterio de la Espina, 329.—Fachada del ex-monasterio de la Espina, 337.—El castillo de Orge, 561.—Alagon, 409.

GRABADOS VARIOS.

La calma campestre, página 9.—Carruajes rusos 13.—Carruajes rusos, 37.—La Schilita, (carruaje rústico de la Suiza) 49.—Ángeles del sueño, 73.—(Máquina para coser; inventada en Manchester y destinada á la exposición de París), 77.—Morir es renacer 115.—La

gracia de la niñez, 121.—La Esclava, 185.—La triste nueva, 129.—Reloj de sobremesa en forma de florero, 235.—Aparador que contiene objetos espuestos por Mr. Nahat, ebanista del emperador, 303.—Bandas cristianas que se hallaron en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, 324.—(Jardinería por Mr. Tahan), 332.—Canoa de Java huyendo de un tiburón, 343.—Escudo de armas, 416.—Diez viñetas, muestras de las del Anuario del ciudadano Español, y Almanaque del año de 1856, 560.—Peligros de Madrid. Las puertas se abren con requiebros. El amor es un instrumento para los ladrones, 368.

TIPOS.

Las kalmucos delante de su tienda. (Molino de las eraciones), página 41.—Aguador de Quito. (Ecuador), 61.—(La vuelta del soldado breton), 181.—Trajes sicilianos. (Hilandera), 241.

LAMINAS DE NOVELAS.

Bautista Montauban. Página, 101.—Aventuras de un loco coronado, 188, 189, 196, 197, 203, 257, 245, 255, 260, 261, 268, 269, 276, 277, 285, 293, 301, 309, 317, 325, 333, 340, 375, 381, 389, 397.—Leda, 276.—La gruta del hombre muerto, 85.

CARICATURAS.

Distraccion de los guerreros destinados á Crimea, 176.

VIÑETAS SIN TITULO.

Páginas 29, 109, 135, 184, 192, 224, 240, 265 y 344. De Juan de Padilla.

GEROGLIFICOS.

Páginas, 16, 52, 48, 61, 80, 96, 112, 160, 168, 208, 232, 248, 256, 288, 296.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(Cristóbal Colón delante de los Reyes Católicos á su vuelta de la conquista de América).

7 DE ENERO DE 1855.

EL EX-MONASTERIO DE NTRA. SRA. DEL ESPINO.

En el sitio que hoy ocupa el ex-monasterio que vamos á describir, estaban en tiempos antiguos la iglesia y el cementerio de un lugar llamado Montañana la Yerma, que quedó despoblado y arruinado por los moros, quienes pasaron á cuchillo á la mayor parte de sus habitantes. Los pocos que lograron ponerse en salvo, se cree que se establecieron luego en otros pueblos, porque los términos del suyo se cubrieron de maleza y de arbustos, y exceptuando algunos pastores, nadie ó casi nadie transitaba por los mismos.

En tal estado, y cuando ya no se tenía noticia de estos desastres y catástrofes, Pedro García de Arbe, y Juan Encinas, jóvenes de Santa Gadea, que guardaban las ovejas de sus padres, tratando de coger miel de una colmena que había en un roble, vieron entre él y un espino que crecía á su lado, una imagen de Nuestra Señora, que sin duda se ocultó al realizarse la invasión mencionada antes, cuyo hallazgo tuvo efecto el día de Santa María de Marzo de 1599.

Divulgado el caso, y atribuyéndose á milagro por las ideas timoratas y espíritu religioso de la época, se empezó á destrozar el terreno, y sobre los vetustos y derruidos paredones de la iglesia y cementerio de Montañana se edificó á la ligera un pequeño santuario, dentro del cual se colocó la imagen de la Virgen, á la que se dió desde entonces el nombre del Espino, construyéndose en seguida una casa monástica de la orden de San Benito, que ha subsistido hasta la última esclaustración, con una nombradía extraordinaria por lo que diremos después.

Los primeros monjes que hubo en ella fueron Ruiz Martínez, Juan Pérez de Riocuras, Juan Martínez de Fontecha y Martín Martínez, clérigos de Santa Gadea, á quienes dió el hábito el abad de Obarenes, de la propia orden de San Benito, ex-monasterio situado en el lugar de su nombre, en las sierras de Pancorbo, del cual nos ocuparemos en otro artículo.

La noticia de la aparición de la Virgen del Espino se extendió por toda España, y para tributarla fervorosos y continuados cultos se fundó una cofradía, que todos hemos conocido, aunque en decadencia, en la que entraron los cabildos de Toledo, Cádiz, Zaragoza, Calahorra, la Calzada y otros, pasando de doce mil los cofrades del clero secular y muchos mas los seglares.

Los pueblos limítrofes se apresuraron á entrar también en masa, y quince de ellos iban en procesion anualmente, en día señalado, á oír misa al Espino y á implorar el auxilio y la protección divinos.

Los principales y mayores bienhechores de aquel fueron los señores Mendozas, ascendientes de los actuales condes de Orgaz, y el canónigo de Toledo D. Juan Pérez.

Los primeros, desengañados del mundo y de sus pompas, levantaron un palacio pegante al ex-monasterio con comunicacion á su iglesia, á la que asistían diariamente con los monjes á sus rezos y oraciones, después de ceder sus rentas para que se dijese una misa diaria á la Virgen, y para que se cumpliesen otras cargas y obligaciones que impusieron.

Tadavía existe en el centro de la recordada iglesia el sepulcro de los señores Mendozas, que le compone una gran losa de mármol negro, leyéndose perfectamente á su alrededor *Aquí yacen los muy ilustres señores D. Alvaro de Mendoza y Doña Maria de Rojas su mujer; falleció año de 1549; el señor D. Alvaro, año de 1556 á 11 de julio.*

El D. Juan Pérez está enterrado también en el panteón que hay en la capilla de Santa Margarita, en la que son notables y vistosos sus estucos coloreados, hecha á sus espensas, cuyo señor cedió á la comunidad un beneficio en la parroquia de los santos Cornelio y Cipriano, de comunión, y unas casas llamadas Palacios en dicho pueblo; un letrero antiguo, pero legible, dice: *Esta capilla y sepultura son de D. Juan Pérez, canónigo de Toledo y bolsero del rey.*

Los poseedores de la repetida capilla son los señores Gadeas de Briones, en la Rioja, y en la actualidad el señor Velunza, de Haro.

El ex-monasterio del Espino que tuvo abad mitrado y cuantiosas rentas, se conserva bastante bien, porque á la solidez de su fábrica reúne ventajas imponderables, atendida la escasa posición que ocupa; pero mas que todo, porque el anciano y venerable esclaustrado Fr. Vicente Presa le habita hace sesenta años, é impide las depredaciones y robos de materiales y que se conozcan las huellas del tiempo, acudiendo presuroso á reparar los estragos que hace este.

En la guerra de la independencia y en la última civil sirvió de alojamiento á las divisiones francesas y de nuestros ejércitos y á los generales Espartero, San Miguel, Castañeda, Córdova y otros, y de almacenes y depósitos de sal, de comestibles y de efectos militares.

Su situación es despejada, saludable y amena en demasía: se descubren desde las espaciosas habitaciones galerías y pasadizos, un horizonte de muchas leguas: dista dos cortas de Miranda de Ebro, media

de Puentelarrá y un paseo de Santa Gadea; abundan la caza, la pesca y los artículos de primera necesidad; pasa tocando con las cercas del edificio la carretera de Burgos á Bilbao, y es lástima que no se aprovechen todas estas ventajas y proporciones para montar en grande un establecimiento fabril.

REMIGIO SALOMON.

PARROQUIA DE SAN PABLO EN ZARAGOZA.

El primitivo origen de esta parroquia se pierde en la oscuridad de los tiempos: únicamente se sabe de una manera auténtica que en 1239 se señalaron los límites de ella, siendo obispo de esta ciudad de Zaragoza don Arnaldo de Peralta, según resulta de la escritura de demarcación autorizada por el citado obispo. Se presume con bastante fundamento que la parroquia que nos ocupa fué en su primer origen una pequeña iglesia bajo la advocación de San Blas obispo y mártir, situada estramuros de la ciudad, en las inmediaciones del castillo de Aljafería y puerta de Sancho, y que á medida que iba aumentando el vecindario fué necesario engrandecerla, hasta que por fin, marcados sus límites en la citada época, se trasladó al sitio en que hoy se halla, habiéndose ido ampliando en proporción el aumento de población con el producto de limosnas de sus feligreses, viniendo á ser uno de los templos mas capaces de esta ciudad desde los últimos siglos. Esta parroquia pues, en medio de su bulliciosa y vasta feligresía, levanta su hermosa octógona torre adornada con ojivas y cénida de resaltados arabescos: de las dos puertas laterales del templo, perdió la mas concurrida su antigua forma con su última restauración; la otra aun conserva sus góticas molduras y sus severas estatuas, bajo cincelados guardapolvos. El interior de este templo, aunque no contiene magnificencia, ni mucho menos la regularidad correspondiente, sin embargo presenta su desnuda arquitectura el carácter monumental y mucho misterio y respeto su opaco recinto: la nave principal, alumbrada por rasgadas ventanas y colgada de antiguas tapiçerías, escede notablemente á las dos laterales, que reuniéndose en el ápside y en el trascoro, la encierran por todas partes á manera de corredor: la nave izquierda por su mayor estrechez, á causa de la aguda ojiva de su bóveda, es oscura y contiene los cuadros de cinco retablos góticos que deben mas mérito al arte que á la antigüedad. La capilla de San Miguel con su cúpula y cuadros, todo pintado por Gerónimo Secano, encierra un sepulcro donde se halla enterrado D. Diego de Monreal, obispo de Huesca, muerto en 1607, según indica su inscripción.

El retablo mayor, mas ambicioso y envanecido con sus labores de crestería sobre madera dorada, con su profusión de imágenes y detalles, y con sus trabajadas pulseras, se gloria de haber salido de las manos de Damian Forment: pero la degeneración ya manifiesta de sus góticos detalles, el gusto y la ejecución de la obra menos digna del grande artífice, aunque no de algunos de sus discípulos mas aventajados, la rehusan el honor que se le atribuye de hermano del grande retablo del Pilar, obra del mismo: en su basamento lleva seis relieves de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; cuatro en el cuerpo principal á los lados de la efigie de San Pablo, representando acciones de su vida, y otros cuatro en el segundo cuerpo, terminando con la imagen del Crucificado: así en su disposición como en sus adornos, alejándose mas y mas de la sencillez y unidad primitiva, tiende á la multiplicidad de compartimientos, tan dominante luego en los retablos platerescos.

Esta iglesia se distingue en las procesiones por dos cosas muy notables al par que extrañas: una de ellas es, que al salir el capítulo de beneficiados con su cura presidente, maceros y demas sirvientes de la iglesia para incorporarse en las metropolitanas del Pilar ó del Aseo, se retira el citado cura con los sirvientes al llegar al antiguo arco de Toledo, y continúa el capítulo con su cruz al punto de reunión general. La otra es el famoso *gancho*, que consiste en una asta larga forrada de plata hasta su final que termina en gancho bastante grande de otro metal: Esta rara insignia ocupa su lugar delante de todas las procesiones entre las cruces parroquiales. Varias son las versiones que se quieren dar al citado *gancho*, pero entre todas la que ofrece mas verosimilitudes es la de atribuirse á que después de la traslación de la parroquia desde la antigua iglesia de San Blas al punto que hoy ocupa la actual de San Pablo, continuó la devoción de ir en procesion la parroquia todos los años el día de San Blas hasta su iglesia, situada estramuros según queda indicado, y se supone que el camino estaba lleno de malezas que obstruían el paso, y para facilitarlos se establecería sin duda el famoso *gancho* á fin de ir cortándolas, de lo cual proviene sin duda su origen y conservación hasta nuestros dias.

GASTRÓNOMOS CÉLEBRES.

Séneca señala á Marco Apicio por el mayor gloton que hubo en el mundo; y entre las cosas que se cuentan de él, una es que sabiendo que en Africa habia higos muy sabrosos, emprendió un viaje sin mas objeto que el de comerlos, é hizo sacrificios por haber encontrado una cosa tan buena.

Aristógeno Cirenaco fué tan comedor y goloso, que hacia regar con vino las lechugas que tenia en su huerto para que creciesen mas y supiesen mejor, segun el testimonio de Soidas.

El emperador Vitelio comia tres ó cuatro veces y tomaba cosas para provocar el vómito, á fin de poder comer mas; añadiendo Suetonio que no solamente comia lo que se aderezaba en su casa, sino hasta las carnes de los sacrificios.

Aristipo Cirineo cifraba toda su felicidad en comer y beber.

Clodio Albino fué tan tragon, que en una sola cena se comió quinientos higos, diez melones ostienses, mas de veinte libras de uvas, cien zorzales ó tordos y cuatrocientas ostras.

El emperador Máximo se comia generalmente cuarenta y cinco libras de carne y se bebia una cántara de vino.

Milon Cratonense fué escesivo en el comer, y á pesar de sus grandes fuerzas y cuerpo llamaba la atencion, pues, segun dicen, cogia un bucy, le mataba de un puñetazo, se le llevaba á cuestras, y se le comia en menos de veinticuatro horas, con mas veinte libras de pan y tres arrobas de vino.

Aspidamas Milesio fué llamado por el rey Ariobárzanes á comer, y dándole cuanto estaba dispuesto para los demás convidados, que eran bastantes, no dejó nada.

A Cambles, rey de los sidos, se le supone tan tragon, que se asegura que una noche devoró á su mujer.

Vedio Polion echaba vivos á sus esclavos en las piscinas ó albercas para que se cebasen mejor los peces y estuviesen luego estos mas sabrosos.

Aristóteles dice que Filogeno nunca se hartaba, que un rey no podia sustentarle, que todo su cuidado era el comer, y que se lamentaba de no tener el pescuezo tan grande como el de una grulla, para recibir mayor deleite con las viandas.

Mitridates hacia aderezar ricos manjares y daba premios á los que comiesen mas, á la mira de que no fuese tan remarcable y notada su glotoneria.

El pintor Eráclides desafiaba y ganaba á todos á comer.

Horacio refiere que Publio Galonio, pregonero de Roma, fué tan gran oficial en comer, que nunca se vió barto.

Fagotan se comió de una sentada un jabali, cien cuarteles de pan, un carnero y un cerdo, y se bebió una tinaja de vino, como lo cuenta Flavio Vopisco en la vida del emperador Aureliano.

El emperador Galva comia desenfrenadamente á cualquier hora del dia.

Gnosipo ateniense fué tan gran comedor, que se mandó por público decreto que nadie comiese con él.

REMIGIO SALOMON.

UNA APUESTA.

A FERNAN CABALLERO.

Uno de los momentos mas felices de mi vida ha sido aquel en que he visto la carta en que preguntaba Vd. al señor Harzenbusch quien era yo, prodigándome elogios que no merezco. Este recuerdo balagaba demasiado mi orgullo, que es mi principal debilidad, y sedujo mi corazon, como las novelas de Vd. habian seducido mi inteligencia. Privilegio es del genio el deslumbrar y seducir con una mirada. Como prueba pues de estos sentimientos, no puedo hacer mas que dedicar á Vd. esta parte de una especie de *trilogia* que hace mucho tiempo deseaba escribir, y que espero que cuando esté terminada será la mas perfecta de mis composiciones. Humilde es la ofrenda, pero la voluntad la enriquece; y el genio, por lo que tiene de divino, debe, como Dios, no mirar el don que se presenta en sus altares, sino el corazon de quien le presenta, y es enteramente de Vd. el de su admirador

PAULO GAMBARA.

Diciembre de 1854

I.

EXPOSICION.

En una sala lujosamente amueblada, en el piso principal de una casa nueva de la calle de Alcalá, la mas ancha y mas bella de Madrid,

dos jóvenes sentadas en un sofá de terciopelo blanco hablaban solas y confidencialmente á principios de diciembre de 18...

La mas joven se llamaba Margarita Buendia, y era esposa de un agente de bolsa. Contaria de diez y ocho á diez y nueve años, y era un sueño de amor realizado, la encarnacion de una melodia amorosa de Meyerbeer. El óvalo de su rostro era mas puro que el de la Venus de Milo; sus ojos azules como el cielo estaban iluminados por un rayo de pureza, semejante al primer rayo de luz de la aurora. Su nariz era griega, su frente recta, serena y despejada, y su boca rica de vida y cortada con esa delicadeza que anuncia la castidad del alma; su cabellera de un rubio oscuro, formando una trenza rodeada por una cinta de terciopelo azul, coronaba su frente como una diadema, y la daba cierto aspecto régio y majestuoso; empañaba, no obstante, su fisonomia un velo de tristeza, como el que los pintores se complacen en dar á sus retratos, que denunciaba un pensamiento fijo y melancólico.

Su compañera, Enriqueta Valdés, no era tan hermosa estéticamente considerada: sus facciones eran menos regulares; pero poseia la viveza que encanta. Esposa de un rico comerciante, habia llegado al festin de la vida con ánimo de divertirse y de mirar, segun el consejo del padre de Anita de Deñelos á su hija en su lecho de muerte, mas bien la calidad de los placeres que su número. Sibarita por naturaleza, su ciencia era el placer, y todas las mañanas se decia como los trapenses á sus hermanos «morir habemos», para animarse á aprovechar el tiempo que la quedaba de vida.

Enriqueta, como todas las mujeres de vida relajada, tenia un placer secreto pero vivísimo en las faltas de sus amigas, y en este momento se entregaba á él con delicia; pues aunque Margarita permanecia pura, varias circunstancias hábilmente creadas la hacian aparecer culpable.

Explicaremos esto antes de pasar adelante. D. Juan de Aguilar, el hermano menor del poeta entonces de moda, amaba en secreto á Margarita con un amor propio de una doncella. El respeto le habia impedido siempre hacer una declaracion á su amada, cuya aureola divina temia empañar con su aliento, y ni aun á mirarla se atrevia sino á hurtadillas, por temor de que el fuego de sus miradas le delatase: sin embargo, sus amigos notaban que hablaba siempre de ella con calor, y que era decidido campeón de su virtud. Una mujer joven y bonita que ama á su marido y le guarda fidelidad, es un fenómeno bastante raro entre nuestra juventud gangrenada de vicios para picar la curiosidad. Todos los ojos la siguen como á un jugador de manos, deseosos de sorprender su secreto, y pronto ó tarde si no se descubre se la calumnia. Todos se preguntan con ansiedad: ¿Y de N*** no se dice nada? Hasta que uno inventa para decir algo. Un dia varios jóvenes, entre los cuales se encontraban D. Juan y Enrique Valdealegre, el *lion* de Madrid en aquella época, almorzaban en el café Suizo, contando la gacetiilla chismográfica del dia, obra ingeniosa, para la cual cada uno prestaba voluntariamente sus fuerzas. Uno de los concurrentes nombró á Margarita diciendo á Enrique. ¿Tú que no crees en la virtud de las mujeres, cómo esplicas la de Margarita?

—Como me esplico que después de la invencion de la pólvora no se hayan tomado muchas plazas á las cuales no se ha puesto sitio, respondió Enrique.

—Pero, replicó su interlocutor siguiendo la comparacion, muchos se le han puesto y se han retirado diciendo, que es un Gibraltar, que puede destruirse, mas no tomarse.

—Entonces han sido muy necios.

—Durillo estás.

—No hay virtud sin su talon de Aquiles.

—¿Y hubieras tú descubierto el de Margarita?

—¡Bah! dijo con desden Enrique arrojando una bocanada de humo, y mirándole elevarse al techo con indiferencia.

D. Juan, á quien esta conversacion hacia daño, dijo con mal humor: eso no pasa de ser una brabata, una fanfarronada petulante.

—¿Quieres convercerte de lo contrario? le preguntó Enrique picado en el orgullo, la parte mas dolorosa de su corazon.

—Con mucho gusto, replicó D. Juan.

—Pues apuesto veinte onzas á que Margarita es mia antes de dos meses.

—Apuesto treinta á que no.

—Vayan las treinta, dijo Enrique; y añadió volviéndose á sus compañeros: quedan Vds. citados para dentro de un mes á las seis de la tarde en la fonda de Lardy, á una comida que pagará el perdidoso.

—Si; dijo D. Juan, añadiendo á su oidor y si ganas, quedas citado para el dia siguiente á un duelo á muerte, porque amo á esa mujer.

—Entonces, respondió Enrique sin inmutarse, pondré doble cuidado para la conquista, porque tiene para mí doble interés.

Al dia siguiente Enrique halló á Margarita en un baile, y aprovechando una ocasion, la declaró su amor, que fué desdenado con altaneria. D. Juan, que sin ser visto presenciaba la escena, se rió de Enrique diciéndole: —¿No tenia yo razon? Pero Enrique le contestó: «aun que-

dan 29 dias para cantar victoria; y empezó á poner en ejecucion su plan de campaña. Para esto dijo á Margarita:—Vd. me desdeña porque ha necho voto de virtud ante las falsas aras de la gloria del mundo, y para Vd. lo es todo la reputacion. Pues bien: si no me ama Vd., si no satisface al menos mis deseos, su reputacion perecerá. Escoja Vd. entre una deshonra pública ó una deshonra secreta. Y como ella no hizo caso de sus amenazas, comenzó desde aquel momento á representar su papel de amante favorecido. La seguía como su sombra; la dirigía en público miradas de inteligencia y frases ininteligibles; se sentaba siempre á su lado, y la hablaba en voz baja y misteriosa de las cosas mas insignificantes, con todo lo cual la murmuracion empezó á zumbir en torno de la inocente jóven, que solo la echó de ver cuando, creciendo, estaba ya próxima á convertirse en calumnia. Margarita entonces suplicó á Enrique que la dejase tranquila, y no turbase su felicidad.

—Colme Vd. la mia, la respondió el implacable galán, y á la noche siguiente llevó al mas hablador de sus amigos á que le viese subir por el balcon á casa de Margarita, cuya doncella habia sobornado.

La murmuracion, con esta última prueba, llegó á tal punto, que el esposo de Margarita, ausente á la sazón, recibió cartas de oficiosos amigos que se la participaban, y escribió á su mujer dándole celos. Margarita suplicó de nuevo á Enrique; pero él la contestó:—Escoja Vd. entre la falta pública y la secreta. Soy inexorable. He apostado con

unos amigos á que seria Vd. mia cuando aun no la amaba. Ahora, si Vd. premia mi amor, confesaré que he perdido, porque la amo; pero si no, todo el mundo creerá que he ganado mi apuesta. En este momento Margarita, no sabiendo qué hacer, llamó á Enriqueta y la pidió consejo, descubriéndola francamente su situacion.

—Yo no vacilaría, respondió Enriqueta; cedería por mi esposo y por mis hijos, pues conozco bien á Enrique, y puedo asegurar que será inexorable en un asunto en que está interesada su vanidad. Eres la primera mujer que se le resiste, y por consiguiente, la primera de quien tiene deseo de triunfar. Conténtale y apela á su compasion, porque es mas fuerte que tú, y luchar con él es una locura; á menos de que consientas en tomar por amante á un espadachin que le haga arrepentir de su empresa; pero aun así tu reputacion quedará manchada, pues solo una confesion pública de tu calumniador, hecha en un momento decisivo, podrá salvarte.

—Pero, dijo Margarita, ¿y si aun despues de ceder no tiene piedad? ¿Si me tiende un lazo?

—Ahora todo está perdido y te agarras á lo que primero encuentras como el que se ahoga. Cruzarse de brazos es renunciar á la esperanza. En último resultado ¿qué pierdes?

—Mi honor y el aprecio de mi conciencia, respondió Margarita.

Enriqueta no respondió, porque estos escrúpulos la eran incomprendibles.



(Ex-Monasterio de Nuestra Señora del Espino.—Pág. 2.)

En este momento entró Doña Teresa Villar, madre de Margarita.

Doña Teresa era una viuda de 55 años, adornada con la belleza majestuosa de que se rodea el sol poniente. Sus formas eran llenas y redondas, sus ojos grandes y negros un poco salientes, iluminados por un rayo de inteligencia, y limpios como los de un niño; sus labios delgados, rojos y cortados delicadamente; su nariz recta y afilada, y en ambas mejillas un gracioso hoyuelo como en las de la reina Cristina, que parecia marcado por el dedo del amor. Cubriala un traje de raso negro. Su peinado á la Ana de Austria dejaba descubierta su alta y limpia frente. Era en fin una mujer hermosa en el último y mas brillante período de su hermosura, que procuraba realzar sus gracias con su larga experiencia de la coquetería.

Casada á los quince años, madre y viuda á los diez y seis, el matrimonio la habia dejado una insaciable sed de placeres, que otros cuidados habian podido apenas entibiar. Su esposo seguía una máxima falsa pero muy estendida, que un autor moderno ha sentido como axioma y base de su fisiología del matrimonio, á saber: que para conservar la virtud aparente de una mujer casada es preciso variar hasta el infinito sus placeres: así es que Doña Teresa, que llegó inocente y pura á la cámara nupcial, salió de ella corrompida como una cortesana. En el matrimonio, como en todos los estados, como en todas las acciones humanas, el pecado lleva en sí la penitencia. Siguiendo la máxima espuesta arriba, se hace del placer la idea predominante de la existencia; se en-

gendra en el alma un deseo que crece mas cuanto mas se intenta satisfacerle, como la avaricia, como la embriaguez, como todos los vicios; se destruye el pudor, el mejor guardián de la virtud de una mujer casada, y sin el cual el sentimiento del deber es un asunto de conveniencia, poco mas importante que un artículo del código de la cortesía, y el esposo que pensaba de esta manera guardar su honor, se ve mas espuesto á perderle que el que siga un camino contrario. Esta máxima es hija de un deseo vicioso, estendida por miras particulares, y verdadera á lo mas cuando la mujer que se tome por esposa sea una cortesana de cuerpo ó de alma.

Dispuesta de este modo Doña Teresa, apenas se acabó la educacion de su hija, no tuvo mas freno que las apariencias y el deseo de dar buena educacion á Margarita. Semejante á los contrabandistas andaluces, se entregaba á todos los excesos en sus ocultas correrías; pero en su casa tomaba el traje de la virtud y la máscara de la modestia. Ella misma no hubiese sabido explicar bien por qué obraba de esta manera, pues no creia mala su depravacion. Cedia á la costumbre, á un buen instinto mas fuerte que el cáncer de su educacion depravada.

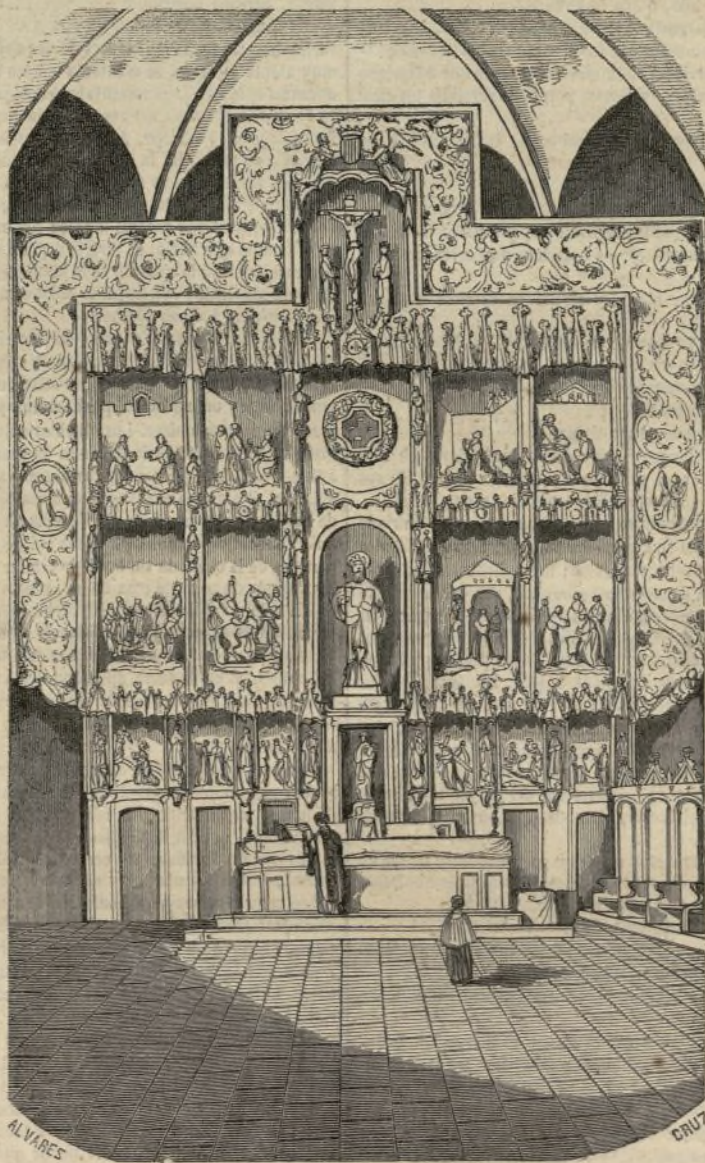
Cuando Margarita se casó, Doña Teresa alcanzó mas libertad, y limitó sus precauciones á guardar las apariencias; pero no lo pudo hacer tan perfectamente que no se hablase de sus amores. Era una conquista demasiado honrosa, para que sus amantes guardasen el secreto. D. Enrique sobre todo, que enamoraba mas por vanidad que por vi-

cio, entregó su reputación á las murmuraciones de la ociosidad, suministrando mas pruebas de las que hubieran podido exigírsele en juicio. Este era el amante que á la sazón tenía, y el único quizá que supo inspirarle un amor firme y sincero, á pesar del poco decoro con que la trataba y de sus infidelidades que la desgarraban el corazón, pues los hombres de esta especie son, contra lo que á primera vista parece lógico, los que mas partido alcanzan con las mujeres. No me detendré aquí á explicar esta aparente anomalía psicológica, porque ya la he explicado en otro lugar. (Véase LO QUE NOS FALTA.)

Doña Teresa venía á buscar á su hija para ir á paseo, y las tres damas salieron juntas, y se dirigieron al Prado.

El Prado, mal que pese á su nombre, recibido en otro tiempo

cuando cubría sus calles verde y aljofarado césped bordado de olorosas flores como una mullida alfombra, no es hoy sino una larga llanura enarenada, adornada con largas hileras de árboles sombríos y seis ú ocho fuentes de piedra, y cercado por palacios y edificios públicos como el Museo, uno de los mas ricos de Europa en pintura, y de los mas pobres en escultura; el Jardín Botánico, gloria de Carlos III. La platería de Martínez y la pirámide del Dos de Mayo. Teatro en otro tiempo de mil comedias de capa y espada, mas ingeniosas que las de Calderon, es hoy el escenario de nuestras ridículas farsas de costumbres, un salon más donde la aristocracia de la sangre, del dinero ó del talento, la primera y mas olvidada de todas, se reúne á tratar sus asuntos, á razonar sobre política, á esparcir noticias que causen alte-



(Retablo mayor en la Iglesia Parroquial de San Pablo de Zaragoza.—Pág. 2.)

raciones en la Bolsa, á cuchichear de amores ó á lucir trajes y joyas, cuyo precio ha sido muchas veces la virtud.

En nuestra sociedad, idólatra del becerro de oro, han caído en descrédito las ejecutorias, porque la nobleza, olvidando que su primacía consistía en su fuerza, y que su cetro era la inteligencia, se retiró á la sombra abdicando en las ambiciones advenedizas, y fué olvidada como un astro apagado. Cúlpese á sí propia de su olvido. El talento se rebajó al materialismo, y se esclavizó á la plutocracia, que le monopolizó alimentándose con su sangre y olvidándole por vanidad. Al verle á sus piés le creyó pequeño y le negó su origen divino (¿creía ella acaso en la divinidad?) como los doctores del templo, que viendo niño á Jesús, no pudieron comprender que fuese un Dios. La plutocracia pues quedó

sola en el trono, y la muestra de su dominio se halla en la misma Constitución del Estado, que por prueba de capacidad exige que los representantes de la nación posean una renta crecida. Para privar con esta diosa es preciso ser de su clase, es preciso poseer riquezas. No importa cómo se han adquirido; esto no lo indaga nadie; pero importa que se posean; y como de la riqueza es un buen traje la mas pronta garantía, un buen traje es el primer requisito que se exige á los que quieren ser algo en nuestra sociedad. De aquí que el lujo sea indispensable y que á él se sacrifique la honradez, la probidad, la conciencia, la virtud. De aquí, que lógica la sociedad, no mire en nada sino la apariencia, y haga de ella la esencia de las cosas.

En el Prado ahora no pasea la elegancia sino en el salon, y aun

en este un pequeño trozo mas allá de los bancos de piedra, usurpado á los coches y caballos. En este sitio se puso en otro tiempo una verja con asientos; pero se quitó pronto, porque como los asientos eran *gratís*, los ocupaba el pueblo, mezclando así sus andrajosos vestidos con los elegantes de los nobles y banqueros, lo cual parecia indecoroso á los apóstoles de la igualdad. ¿No llamarán nuestros hijos á nuestro siglo el de las contradicciones? ¿Quién sabe! ¡quizá valdrán ellos menos que nosotros, que será bien poco valer!

En el Prado hallaron las tres damas á Enrique que paseaba con algunos de sus amigos. Acercóse á saludarlas, y aprovechando el momento en que Doña Teresa y Enriqueta miraban un caballo que de intento habia encabritado el ginete para lucir su destreza, dijo á Margarita:—Hoy es el día decisivo. Mañana cumple el plazo de la apuesta. ¿Debo de decir que he perdido, ó que he ganado?

—¡Por Dios! exclamó Margarita con un acento tan afligido, y lanzándole una mirada tan suplicante con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, que hubiese conmovido á cualquiera otro, pero que á Enrique solo le produjo un deseo brutal y violento, porque le revelaba un cielo de voluptuosidad esquisita.

—Esta noche á las diez espero á V. en mi casa, la dijo; si Vd. no va, tomaré mi partido.

—Iré, dijo Margarita desesperada.

Esta escena desgarradora, mas cruel que las que diariamente arrancan lágrimas en el teatro, pasó desapercibida, y ni Doña Teresa ni Enriqueta que eran las personas que se hallaban mas cerca de Margarita, la sospecharon.

D. Enrique se separó de ellas, y siguió paseándose con sus amigos.

—Parece que tu apuesta va bien, le dijo uno de ellos, D. Martin de Aranda.

—Aun no la he ganado, respondió Enrique.

—Pues mañana cumple el plazo.

—La ganaré esta noche. Aun tengo tiempo.

—Parece imposible, dijo Torrente, otro de los compañeros de Enrique, que ese ángel de pureza sea frágil como una mujer. En sus ojos se refleja el cielo como en la corriente de un río tranquilo...

—Que oculta ciego y podredumbre en su fondo, respondió Enrique siguiendo la comparacion: así son todas las mujeres, hermosos frutos cuyas entrañas corroe un gusano asqueroso; flores brillantes en cuyo perfumado cáliz un reptil ha depositado su veneno, que dan la muerte al que confiado se acerca á embriagarse con sus aromas. A una mujer verdaderamente pura la respetaría yo tambien, yo que nada respeto; la amaría yo, cuyo corazon desecado por el sol de los placeres no produce mas flores que el desierto de arenas abrasadas. No tendría valor para quitar su virtud á una jóven que la tuviese verdadera; pero mi larga experiencia me ha enseñado que la virtud es una ilusion; una moneda imaginaria que quizá existió alguna vez, pero que ya se ha perdido, y solo quedan las falsificaciones mas ó menos perfectas, que pasan en la sociedad por la miopia intelectual del mayor número de los hombres. Si se supiese el secreto de todas las virtudes, algunas darian asco.

—No, respondió Aranda; la virtud existe, y yo la encontré un día en mi camino, retirada y oculta en sus hojas como la violeta, embalsamó mi sueño en un día de estío en que las fuerzas me faltaban.

—¿Y dónde está? preguntó Enrique.

—Un ángel la arrancó de su fallo para adornar con ella la mansion de Dios: es una historia que os contaré algun día.

Una hora después, Doña Teresa, volviendo á su casa, hallaba en ella un anónimo que decia:

D. Enrique se burla de Vd. y vende su amor; si quiere Vd. pruebas, vaya esta noche á su casa á las diez, y entre por la puerta secreta cuya llave acompaña á esta carta.

—¡No faltaré! exclamó Doña Teresa loca de celos.

Antes de contar la terrible escena de esta noche, prólogo sangriento de un terrible drama social, vamos á echar una ojeada sobre la vida anterior de Enrique, que justificará su carácter.

(Continuará.)

LAZARINA.

Hace algunos años, se veia en uno de los mas deliciosos teatrillos de París una actriz jóven y linda llamada Lazarina.

Lazarina tenia sin duda otro nombre (el de familia), pero no se la conocia, y á decir verdad nadie se lo habia preguntado. Habia hecho su estreno en el teatro, y habia salido airoso. El cartel le daba en letras mayúsculas el nombre de Lazarina, y era bastante. Como esas aves que pasan y no dejan tras sí mas que el eco de una cancion, las actrices brillan y desaparecen sin que las mas veces se sepa de dónde vienen y adónde van: han sido, ya no son, y negocio concluido.

En la época en que principia esta relacion, Lazarina acababa de llegar á su mayor edad. Hacia ya dos ó tres años que representaba, y su reputacion principiaba, en ala de los folletines, á invadir la provincia y el extranjero. Hemos dicho que Lazarina era linda; además tenia talento y agudeza, lo cual indica bastante que muchos se ocupaban de ella.

Pero Lazarina era á su manera una mujer singular: si se le conocian muchos amigos, no se le conocia un protector, y se necesitaba verdaderamente que ese milagro fuese de una autenticidad indisputable, porque sus mismas camaradas, que tenian muchos celos de ella y la detestaban un poco, contestaban que Lazarina vivia muy tranquila y retirada.

Todos los días llegaba al teatro y marchaba acompañada de su madre, persona bondadosa é inofensiva, que hablaba muy poco y no sentia ninguna necesidad de elogiar á su hija á tontas y á locas, como suelen hacerlo todas las madres de las actrices. Esa excelente mujer, muy atenta y cortés, se mantenía en un rincón detrás de bastidores, mientras que su hija representaba ó ensayaba, y pasaba la mayor parte de su tiempo bordando alguna vieja tapicería, lo cual le daba una semejanza con Penelope. A la primera seña de Lazarina, se levantaba, envolvía su tapicería, la metía en su cabás en verano y en su manguito en invierno, y se marchaba con la prontitud que le permitian sus piernas algo cortas y su estatura un poco fuerte. Pasada la puerta del teatro, Lazarina recogía la falda con mano ligera, y fuese cualquiera el tiempo que hacia, se dirigía á pié á su casa, sin que jamás la esperara ninguno á la salida ó se le reuniera en la calle. Iba siempre vestida con sencillez y con trajes de color sombrío. Su juventud y sus gracias formaban todo su adorno.

El interior de la habitacion de Lazarina correspondia á su traje: era ascado, pero sin lujo. Ocupaba un aposento en una vasta casa de la calle del Sentier, cuarto piso sobre el entresuelo, compuesto de cinco piezas y un balcon en que Lazarina ponía los tiestos de flores que sus amigos le regalaban. Los muebles eran de caoba vieja, pero muy lustrada, y las cortinas de damasco de lana. El cuarto de dormir de la actriz era el único que revelaba algun asomo de coquetería, pues se veían en él algunos cuadritos con hermosos marcos, su pequeño bufete de palo de rosa y una luna de Venecia de un dibujo delicioso: el péndulo de rocalla que daba las horas era de un excelente modelo, y las cortinas de la cama de tul bordado tenían lazos y guarniciones de cintas de seda de color de rosa de un aspecto fresco y risueño.

El todo no valia cien luises; pero Lazarina se complacía en ese interior modesto, en que iba y venia como un pájaro en su jaula.

No porque Lazarina no amase, como tantas otras, los diamantes y los chales, y no hubiese aprisionado gustosa su lindo talle, flexible y bien torneado, en vestidos de moaré y raso, sino porque amaba con extremo la independencia y tenia un cierto orgullo que la hacia rehacia á las seducciones.

No se vaya á creer por este cuadro que Lazarina vivía en su aposento como en una jaula. Al contrario, nadie era de mas fácil acceso, de humor mas plácido y de carácter mas franco. Así que uno la veía tres veces, era admitido en su casa sin dificultad, y los ramilletes que la ofrecían eran puestos sin ceremonia sobre su chimenea. De consiguiente eran frecuentes las visitas en la casa de la calle del Sentier; un pobre actor mal perfeñado solía hallar allí un petimetre vestido de mil primores; pero todo se limitaba á conversaciones: la puerta estaba siempre abierta, y el corazon siempre cerrado.

Cuando Lazarina creaba un papel en una pieza nueva, se sentaban en las butacas de orquesta una ó dos docenas de jóvenes, morenos, rubios, ó calvos, y hasta un poco caños, que no apartaban la vista de ella. Estaban sentados por fila, estos á derecha, aquellos á izquierda, y todos en pié de guerra y aplaudiendo con todas sus fuerzas. Lazarina los conocía á todos de vista; pero cuando no sabia sus nombres, les daba alegremente un número de orden. Al fin de una temporada en que habia alcanzado hermosos triunfos, Lazarina habia llegado al número treinta y siete. Una noche que parecia triste, cosa que le sucedia rara vez, le preguntaron lo que tenia.

—No sé, respondió; pero creo que el número quince ha muerto, pues hace ocho días que no le veo.

Entre tanto Lazarina tenia preferencias; si ninguno de aquellos números la habian tocado, algunos la agradaban, estos por su aire, aquellos por su agudeza. Con esos preferidos, y no dejaba de haber siete ú ocho, era coqueta sin saberlo, pero coqueta como Celimena, y con una coquetería tanto mas peligrosa porque era natural. Cuando hablaba con uno de ellos, su boca tenia una sonrisa, y sus ojos una expresión y un brillo que la convertían en una mujer enteramente nueva. Lazarina era de esas mujeres que jamás se asemejan, que cambian bajo la mirada que las estudia. Su cara desesperaba á los pintores que habian intentado hacer su retrato. Pintábase en ella súbitamente la menor emoción, y se la veía ponerse encesa ó pálida en cinco minutos, según la naturaleza de las impresiones que recibía. Esa disposición á

mostrar todo lo que pasaba en su interior, con la inmovilidad de un lago que refleja todos los matices del cielo, irritaba á Lazarina; pero todos sus esfuerzos no habían podido vencerla. Sus facciones espresivas eran como un agua viva que riza al mejor soplo.

Entre los preferidos de Lazarina había uno á quien no podía menos de notar. ¿Por qué? No lo sabía; pero era así. Ese preferido había llevado el número ocho. Era un joven rubio, á quien llamaremos Jorge de la Moere: tenía alguna fortuna, modales muy distinguidos, y desempeñaba en no sé qué administración un empleo que le daba grande ocupación.

Hacia ya algun tiempo que de la Moere se sentaba todas las noches en la orquesta del teatro en que representaba Lazarina. Su butaca estaba alquilada de antemano, y Jorge llegaba allí así que Lazarina entraba en escena. Eso duró un mes ó seis semanas. Una noche que Lazarina había creado un papel nuevo con mucha travesura y jovialidad, de la Moere le envió al teatro un ramillete de rosas blancas y brezos rosas, acompañado de un billete firmado con su nombre. Esta cartita hablaba de su amor en términos sencillos y verdaderos.

Lazarina tomó la carta, la leyó, y guardó el ramillete.

A la mañana siguiente llegó otra carta con un nuevo ramillete. Esa vez la carta unía al nombre las señas de la casa de la Moere.

Lazarina leyó la carta, olió el ramillete, pero no respondió.

Desde ese día, todas las mañanas recibía nuevas flores. Las cartas no llegaban con tanta frecuencia, pero siempre recibía dos ó tres por semana. Diremos que los días en que Lazarina no las recibía no estaba contenta mas que á medias.

Esas cartas estaban casi siempre delicadamente pensadas y finalmente escritas, y atestiguaban un amor profundo y un espíritu alerta y vivo. Lazarina las leía con singular placer. A menudo, aun volvía á leerlas por la noche, y mas de una vez las dejó olvidadas bajo su almohada. Los ramilletes, en que siempre se veían algunas ramas de brezo, eran colocados cuidadosamente en vasos que la misma Lazarina llenaba de agua. Hecho eso, se ponía en su balcón y miraba á la calle, pareciéndole que de la Moere no podía dejar de venir. Cuando un cupé daba vuelta á la esquina del baluarte y se paraba ante la puerta de la calle del Sentier, le palpitaba el corazón. De la Moere iba sin duda á apearse y subir á su casa; pero se abría la portezuela, y se apeaba sobre la acera alguna buena mujer ó algun mercader de calicó.

Lazarina llevaba al teatro cuando representaba una especie de saquito labrado en que metía papeles que le servían en escena. Cada noche no dejaba de deslizar algunas briznas de brezo en ese saquito, y durante los entreactos metía allí su manita y las acariciaba con los dedos. Cuando por casualidad de la Moere no se hallaba presente cuando ella estaba en las tablas, se sentía triste; luego se ponía encesca bajo su colorete cuando él llegaba.

Algun tiempo de esa época, despues de una carta en que de la Moere se mostraba picado del silencio de Lazarina, estuvo ocho días sin escribir, aunque no cesaba de enviar ramilletes. Tampoco se dejaba ver en el teatro. Una noche (al cabo de seis meses), Lazarina, al salir de bastidores, percibió á de la Moere en un palco bajo, solo con una mujer elegante, joven y linda, á quien hablaba en voz baja. Lazarina tuvo como un deslumbramiento; pero se repuso al punto, y miró á de la Moere de frente. Esa noche representó con un talento y una gracia increíbles. Cuando llegó á su casa, lloró á lágrima viva y tuvo calentura toda la noche.

Durante tres días vivió en una agitación que le era imposible dominar: tenía la cabeza hecha un volcan y el corazón oprimido.

—¡Pero veo que le amo! dijo para sí, y se echó de nuevo á llorar.

Los celos eran como un relámpago que la hacían ver en el fondo de su corazón.

Un instante, pensó escribir á de la Moere; pero al punto renunció, no permitiéndole su orgullo natural dar ningún paso despues de lo que había visto. Su madre, que no comprendía nada de lo que pasaba en el corazón de Lazarina, la abrumaba á preguntas.

—¡No será nada! ¡no será nada! repetía Lazarina.

Pero la madre que sentía que las manos de su hija estaban ardiendo, insistía:

—¡Sin embargo debe haber alguna cosa!

—¡Pues bien: si hay alguna cosa, ya pasará! respondía Lazarina, cuyo orgullo se irritaba con la idea de dejar ver su herida.

La mañana del cuarto día tomó un cofrecito en que encerraba todas las cartas de Jorge de la Moere y las ramitas del brezo, y lo arrojó todo al fuego con resolución. Cuando la llama hubo devorado el último trozo de papel, respiró como una persona que recobra el sentido despues de un desmayo.

Se vistió, salió, y fué á pasearse á Tullerías.

Por la noche, besó á su madre en ambas mejillas, diciéndole:

—¡Bah! ya puedes dormir tranquila, pues estoy curada.

Pero Lazarina había cumplido ya veintinueve años hacia algunos

meses, y vivía en una atmósfera de fuego en que los sentimientos se exaltan como las plantas en las estufas. Una secreta inquietud la agitaba y la hacía mas fácil á las emociones, sin quitarla nada de su orgullo; sentíase atraída hácia el amor por su juventud, su talento y su hermosura, y lo que ella veía del amor en los bastidores la indignaba. De consiguiente su corazón estaba como suspendido y agitado entre dos corrientes opuestas.

Una actriz muy experimentada que la comprendía á media palabra, viéndola un día sonreír á uno de sus preferidos, la cogió familiarmente por los hombros, y la dijo:

—¡Siempre coqueta! ¡y jamás enamorada!

Lazarina la miró riendo, y dijo:

—¡Eh! podría responderos como la canción: el amor ¿qué cosa es?

—¡Hum! Os haceis la fuerte, querida, pero ya lo sabreis tarde ó temprano. Con el corazón sucede como con las hojas, ¡que por mas que esten verdes, es preciso que caigan.

—¡Entonces, el mío caerá por sí solo sin que yo me mezcle! respondió Lazarina con cierto airecillo de desenfado.

La actriz la dió una palmadita sobre la mejilla, replicando:

—¡Hermosa mía, entonces tened cuidado que ese corazoncito tan rebelde no caiga en poder de un chanflón?

—¡Oh! exclamó Lazarina indignada.

—¡Eh! querida mía, el que aguarda demasiado no escoge.

Todos estos discursos y otros mil semejantes, mezclados con los pequeños acontecimientos de cada día, aumentaban la turbación de Lazarina, que ya no sabía qué hacer ni en qué fijarse.

Había instantes en que la idea del matrimonio entraba muy seriamente en su espíritu y parecía fijarse en él. Era joven y juiciosa, y á esa virtud que muchos habían atacado sin que ninguno hubiese podido vencerla, añadía una seducción que la hacía amar de los mismos á quienes ella rechazaba. ¿Por qué, como tantas otras que no lo merecían, no hallaría un hombre que quisiera casarse con ella? Una vez casada, tendría un apoyo, un protector, y no se vería mas entregada á esas tentaciones que, á la larga, minan las resoluciones mas fuertes y las hacen sucumbir.

El casarse es cosa que se dice pronto, pero no es fácil de hacer, especialmente en el teatro. Lazarina, que se sentía con el corazón bastante firme para consagrarse al que se diese enteramente á ella, estaba muy lejos de ser mujer capaz de tomar al primero que se presentase. Quería un hombre de bastante buena figura para poder mostrarlo á todo el mundo, y presentarse cogida de su brazo con cierto orgullo; además, necesitaba que fuese inteligente, bien educado, y en una posición de fortuna conveniente, á fin de estar segura de vivir si por casualidad llegaba á dejar el teatro; y se convendrá en que todas esas condiciones no son tan comunes que se puedan encontrar al primer golpe.

En ese intermedio, y mientras aguardaba ansiosamente el objeto de su fantasía, se casó una de sus compañeras. Ese matrimonio no era en sí bueno ni malo. Se había hecho un poco á la diábala, y se celebró casi al mismo tiempo que se anunció. El marido, que la recién casada presentó á Lazarina, tenía bastante buena figura y ganaba algun dinero en un comercio de exportación. Tal como era se le podía amar, y Lazarina suspiró un poco al verle de bracero con su amiga.

Pero ¿qué fué de ella cuando, al cabo de algunas semanas, supo que el matrimonio era un infierno en que reñían sin tregua? Había noches en que la mujer estaba cárdena y lloraba en los rinconitos; otras veces afectaba risas estrepitosas y tomaba aires de evaporada; el marido estaba pesaroso y de mal humor; volvía de todos lados unos ojazos celosos, y andaba rodando trágicamente por entre los bastidores. La actriz no podía resolverse á romper con los hábitos un poco libres de los bastidores, y el marido no tenía la filosofía de aceptar esa vida en que la Bohemia tiene tanta parte.

Un día en que la paciencia del pobre esposo había sido puesta á una prueba algo dura, Lazarina se interpuso entre él y la mujer para evitar una explosión y restablecer la paz en ese matrimonio turbado; pero no logró sino agriarlos mas uno contra otro.

—Es singular! decía Lazarina; sin embargo tienen todo lo necesario para ser felices: juventud, hermosura, bienestar! ¿Qué les falta pues?

—Querida mía, le respondió la actriz que había hablado ya á Lazarina con motivo de sus coqueterías, les falta el no ser lo que son. Si solamente nuestra camarada fuese perfumista ó mercera; si su marido fuese bonetero, gozarían de una felicidad perfecta, no menos vestía que regular. ¡Pero cómo! han casado el agua y el fuego, el mundo y el teatro! E diablo hase metido en la danza, y todo anda revuelto.

—¡Muy triste es! dijo Lazarina.

—¿Triste? No. ¿Qué dirías tú de las personas que marchasen descalzas sobre espinas y se admirasen de ver correr su sangre?

—Entonces ¿qué hacer?... ¡Todo eso es bien difícil!

—Ciertamente es mas cómodo el nacer con cincuenta mil libras de

renta... Por desgracia, querida mía, esos honores no pueden tocar á todo el mundo.

Lazarina volvió á caer en sus incertidumbres, y casi no le quedaba ya esperanza. Solo la protegía el orgullo de su corazón, y quizás también cierta indolencia que la hacía sostenerse encima de sus contrariedades como un alción flota adormecido encima de las olas.

Cuando hubo pasado un poco el período en que Lazarina tuvo ideas de matrimonio, volvió los ojos hácia el escuadrón volante de los enamorados, que seguían tan numerosos y activos como siempre. Aquella noche desempeñaba un papel que había sido creado por una actriz famosa, y en el cual se presentaba por primera vez. Durante una escena en que no tenía nada que decir, se divirtió en contarlos, analizando con la mirada sus defectos y sus cualidades. Eran veintuno; todos la miraban con sus anteojos y la aplaudían frenéticamente.

—¡Pobrecillos! se dijo, é hizo un movimiento de hombros tan gracioso que la valió un murmullo de aprobación.

Luego continuó mentalmente:

—¡El número catorce! Muy bien... bonitos guantes... suave, tan suave como un cordero... ¡pero tan tonto!... ¡El número seis!... sí... es gracioso en su decir, y luego tiene un aire tan suelto... pero es un perdido... si no acaba en Clichy, acabará mas lejos... ¡El número dos!... ¡hum! grandes bigotes!... pero no hasta tener bigotes... El número diez!... ¡ah! este tiene un nombre esplendente y mucha fortuna... pero siempre se pone la corbata del mismo modo: lleva un lazo que me incomoda verlo... El número quince! ¡ah! este me escribe cartas como un colegial; cuatro planas de admiraciones!... El número siete!... es un buen mozo... muy ligero y despierto; sería imposible aburrirse con él; pero también sería imposible ser dichosa... su corazón es una piedra... El número trece!... muy gordo... El número uno!... hombre muy honrado, incapaz de engañar á su querida ni á su mujer... pero es demasiado melancólico... no es un hombre, es un suspiro... Me condenaría á tristeza perpetua... El número once!... pobre inocente! se chupa el puño del bastón como si fuese un caramelo!

Y Lazarina continuó su revista hasta llegar al último: al número veintuno suspiró.

—A fé mía, murmuró, no meteré la mano en ese costal lleno de cereos.

Y Lazarina se levantó para acabar su papel.

Un día que volvía de su ensayo, su criada la dijo que había venido á verla una señora, y que había sentido mucho no encontrarla.

—Esa señora es de Lyon, donde habeis representado este verano, añadió la criada, y me dijo que os hiciera presente que tenía mil cosas que deciros de parte de las personas que allí habeis conocido. Además tiene que pedir os un favor, y volverá mañana á las doce.

—¿Os ha dejado su nombre?

—Sí, aquí está su tarjeta; se llama Mad. de Renneville.

Lazarina tomó la tarjeta.

—¡Renneville! exclamó; nunca he conocido á nadie de ese nombre... en fin, si viene mañana, que entre.

Al otro día á las doce en punto, Mad. de Renneville entró; Lazarina no la había visto nunca; solo notó que estaba mucho mejor vestida que lo necesario para una visita de mañana.

—Señora, la dijo, ¿en qué puedo servirlos? y le señaló un sillón.

Mad. de Renneville tomó asiento.

—¡Ah señorita! dejadme respirar un poco, os lo suplico; ya no tengo mis piernas de veinte años, y este piso cuarto es tan alto... ¿no es piso cuarto?

—Sí, en efecto; y además hay entresuelo, contestó con sequedad Lazarina.

—¡Ah! ya estoy mejor, respondió la visitante sin cortarse, y principió á poder hablar. ¡Dios mío! ¿cómo podeis deciros á vivir tan cerca de las chimeneas?

Lazarina miró á la visitante de cara, y sintió que se sonrojaba á pesar suyo.

—¿Llegais de Lyon, no es cierto? la preguntó.

—No directamente. ¡Ah! qué buenos recuerdos habeis dejado allí; demasiado cortos por desgracia; todos vuestros amigos hablan de vos y esperan volveros á ver el año próximo... Lo único que les sorprende es que no esteis en el teatro francés, porque lo merecis por mil motivos, por vuestro talento, vuestra gracia y vuestra hermosura.

Lazarina no hacía un movimiento; principiaba á dudar del motivo que había inducido á la desconocida á visitarla. El corazón la daba saltos en el pecho; cuando no estaba roja de confusión, estaba pálida de ira.

La recién llegada se calló también al notar aquel silencio.

—¿Eso es todo lo que tenais que decirme? exclamó entonces Lazarina.

—Francamente, no... y á fé mía que os diré las cosas tales como son. Hareis el favor de disimularme; es la primera vez que me dirijo con tales intenciones á una mujer bonita... Uno de mis amigos se ha

quedado encantado de vuestra persona, y desde ese momento me habla sin cesar de vos; no he visto jamás á un hombre tan enamorado; no pienso mas que en vos; y cuando he visto que no había medio de sosegarle, me he decidido á venirlos á ver en obsequio suyo.

(Continuará.)

EL CONDE DON JULIAN.

FABULA.

De su rey vuelto enemigo,
pide con bárbaro afán
á los moros don Julian
que le venguen de Rodrigo.

Se presta el árabe á todo;
junta fuerzas, acomete,
y en el turbio Guadalete
se hunde vencido el rey godo.

Vengóse Julian al cabo;
mas fué por su loca saña
cautiva del moro España,
y en ella Julian esclavo.

No estará acaso demás
que se fije en esta idea
gente goda que desea
los triunfos de Nicolás.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

JUNTO A LA CUNA.

(CANCION DE LA MADRE.)

Descansa en la cuna que ciño de flores
tegiendo con ellas risueño dosel;
dosel que no vengzan los ciegos ardores
del sol que en tu rostro vé un sol como él...

Duerme sin cuidado,
sueña sin temor,
que mientras duermes está á tu lado
velando mi amor.

¿Quién sabe, paloma, qué senda en la vida
El cielo á tus plantas piadoso abrirá?
Tal vez entre sueños la pases mecida,
tal vez el tormento tu herencia será.

Su santa ciencia
sabré yo pedir:
mientras respiras en la inocencia
puedes sonreír.

Acaso un palacio te guarda la suerte,
con triunfos y glorias y dicha sin par:
tal vez del mendigo la vida y la muerte,
sin nombre, ni amigos, ni patria, ni hogar.
Mas en tanto, niño,
duerme junto á mí;
que con los votos de mi cariño
ruego á Dios por tí.

Acaso una espada fulmine tu mano;
acaso tus labios derramen piedad:
tal vez encadenes el fiero Oceano,
tal vez te sepulte feliz soledad.

Oh! si yo supiera
lo futuro ver!
en tu sonrisa por fin leyera
lo que vas á ser.

Mas ay! dulce preuda, doquier que te mira,
humilde ó glorioso, doliente ó feliz,
en tanto que amante mi pecho respire,
mi aliento y mi vida serán para tí.

Duerme sin cuidado,
sueña sin temor,
que mientras duermes está á tu lado
velando mi amor.

ANTONIO ARNAO.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.